

La vida material de la nobleza francesa, entre el ‘Gran Siglo’ y el Siglo de las Luces: una lectura de las diferenciaciones sociales en el seno del estamento nobiliario

Material life of the French nobility, between the ‘Great Century’ and the age of Enlightenment: a reading of social differentiations in the noble estate

Michel FIGEAC

*Centre Aquitain d’Histoire Moderne et Contemporaine
Université de Bordeaux III, Francia*

Resumen

Este trabajo propone una metodología para realizar una lectura en clave de diferenciación social de la cultura material de la nobleza. Fundamentalmente, se basa en inventarios post-mortem, y también en diversos tratados sobre el tema de lujo y en otras fuentes literarias. Como primer paso, intentamos evaluar la transformación del concepto de lujo entre finales del siglo XVII y finales del XVIII, a partir de la multiplicación de las piezas tasadas y la proliferación de pequeños objetos muy costosos. La pompa fue eclipsada en favor de un lujo que, a partir de la Corte, se difundiría entre todos los sectores de las elites de la sociedad. El estudio de este desarrollo de los consumos en ‘provincias’ ofrece también otras lecturas, como el análisis del malestar social nobiliario y una mejor comprensión de sus intereses contrapuestos, claramente discernibles en el tiempo de las Asambleas de la Nobleza durante la primavera de 1789.

Palabras Clave: Nobleza; Cultura material; Siglo XVIII.

Abstract

This paper proposes a methodology for a reading of social differences of the material culture of the nobility. It relies on the inventories post-mortem, as well as on treaties on the subject of luxury and literary sources. As a first step, we attempt to assess the transformation of the concept of luxury between the end of the 17th Century and 18th Century when there was an increase of pieces and the proliferation of small and very expensive objects. The pomp was overshadowed in favour of a luxury, which, from the Court, was broadcast on all the social elites. The study of these upheavals in provincial consumer habits offers a reading grid to analyze the noble social unrest and allow better understand the conflicting interests, detect at the time of the ‘Asambleas de la Nobleza’ in the spring of 1789.

Keywords: Nobility; Material culture; 18th Century.

“Esta nueva habitación es una estancia de baños. El mármol, las porcelanas, las muselinas, nada ha sido ahorrado; los paneles de madera están cargados de arabescos ejecutados por Perot, siguiendo los dibujos de Gilot, y contenidos en compartimentos distribuidos con mucho gusto. Plantas marítimas montadas en bronce por Caferi, pagodas, cristales y conchas, entremezcladas con inteligencia, decoran esta sala, en la cual se hallan dispuestos dos nichos, uno ocupado por una bañera, el otro por una cama de muselina de las indias bordada y ornamentada por bellotas formando cadenetas. Al lado se encuentra un gabinete de toilette cuyos paneles de madera han sido pintados por Huet, quien ha representado en ellos frutas, flores y pájaros exóticos, entremezclados con guirlandas y medallones en los que Boucher ha pintado en camafeos pequeños temas galantes, así como encima de la puerta”¹.

Fecha recepción del original: 15/03/2015

Versión Definitiva: 20/05/2015

Dirección: CEMMC, Université Montaigne, Bordeaux 3, F-33607 Pessac

michelfigeac@yahoo.fr

¹ DE BASTIDE, Jean-François, *La petite maison*, Gallimard, Le Promeneur, 1993, pp. 39-41.

Magnífica descripción, demasiado precisa para surgir de la pluma, siempre muy sobria, de un escribano real o de un experto en obras de arte; magnífica descripción, nacida de la imaginación del novelista libertino Jean-François de Bastide, que debería bastar para despejar, por una vez, las dudas de los espíritus más desconfiados acerca de las fuentes literarias. En su preocupación por el detalle, poco frecuente en el siglo XVIII, precisa hasta los apellidos de los artistas que trabajaron en la decoración de este capricho. En todo caso, el fragmento demuestra que el novelista puede dar vida a objetos que el notario se hubiera contentado con describir sin procurar encarnarlos nunca. Confirma el necesario cruce de las fuentes, porque aunque el inventario sea la inevitable fuente serial, es imprescindible también confrontarlo con las facturas y con los libros de cuenta y razón, que permiten aprehender los hábitos de consumo diario, trabajar sobre la obsolescencia de los objetos, tal como pudo hacerlo Evelyne Bouvet-Bensimon cuando reconstruyó los gastos del vendedor de madera parisino Joseph Gandolphe². Así mismo, los periódicos o los anuncios captan la realidad del consumo en su instantaneidad. La descripción de Bastide contribuye a una mejor comprensión de la vida material de las élites, tanto más cuando pone el foco en uno de los lugares emblemáticos de los placeres de las Luces. En efecto, la estancia de los baños ilustra un concepto del lujo que se había transformado en profundidad desde comienzos de la Edad Moderna. De la búsqueda del fasto, que ante todo perseguía hacer alarde de la superioridad social, de la ‘invitación al deslumbramiento’, como escribe Philippe Perrot³, pasamos al gusto por la comodidad de uso privado, que se oculta a la vista, ya que se desarrolla en uno de estos pequeños lugares donde triunfa la intimidad. Trabajar sobre la cultura material de las élites del siglo XVIII es pues, ante todo, medir esta mutación, antes de valorar todas sus consecuencias sociales y políticas, ya que, como escribió Senac de Meilhan, “[el fasto] anuncia la superioridad del rango; se manifiesta por la pompa, el esplendor, la decoración (...). El lujo es más particularmente atributo de los ricos”⁴. ¿Esta profunda transformación de los consumos suntuarios, no tuvo consecuencias mayores desde el punto de vista de la jerarquización de los rangos y las solidaridades internas en el seno del estamento nobiliario?

1. El Siglo de las Luces o las conquistas de un lujo sinónimo de placer de la vida

De la edad de la magnificencia a la edad de la sonrisa

En 1693, los muebles del presidente del Parlamento de Aix, Pierre de Coriolis-Espinouze, estaban adornados con flecos y clavos, presentaban patas torneadas y de

² BOUVET-BENSIMON, E., “L’ascension sociale d’un marchand de bois du XVIII^e siècle”, *Revue d’Histoire Moderne et Contemporaine*, abril-junio 1987, pp. 282-304.

³ PERROT, Ph., *Le luxe: une richesse entre faste et confort, XVIII^e-XIX^e siècle*, París, Editions du Seuil, 1995, p. 45.

⁴ SENAC DE MEILHAN, *Considérations sur les richesses et le luxe*, Amsterdam y París, 1787, p. 88.

las paredes colgaban pesados tapices con valor tanto calorífico como decorativo⁵. Un siglo más tarde, el interior de la casa de su descendiente Charles-François-Xavier se había vuelto amable, se había abierto a las cómodas de marquetería, a las mesitas de mármol y demás pequeños aparadores, los tapices habían pasado de moda, la decoración estaba hecha de materias sedosas, suaves, porque la grandilocuencia del siglo de Luis XIV había dejado paso a la deleitación de los ojos. Su residencia tenía, de hecho, un valor excepcional ya que, en un palacete estimado en 120.000 libras, los bienes muebles se tasaron en 42.580 libras, de las cuales 12.297 libras correspondían a los muebles propiamente dichos y 19.597 a la vajilla de plata y las joyas. Los tapices, que ya no representaban más que 273 libras, habían sido reemplazados por espejos, cuadros y estampas. Se había impuesto verdaderamente una nueva civilización material simbolizada por la proliferación de objetos y su difusión hacia todas las capas de las élites.

En el siglo XVII, varias grandes familias de la aristocracia conocían la opulencia, pero en mucho menor número, y el fasto se expresaba ante todo por una ostentosa magnificencia. Siguiendo con el círculo de las élites judiciales, es en el nivel de los Presidentes de Tribunal donde se observa el mayor tren de vida. Así, en Burdeos, Marc Favreau señala, en su estudio sobre el mecenazgo bordelés, que “los presidentes de tribunales supremos poseían, por sí solos, trescientas piezas de tapicería”⁶. Esta alta sociedad urbana se interesaba por los bellos tapices de Aubusson, pero también por la producción de Flandes, que llegaba fácilmente a la región de Burdeos, el *súmmum* viniendo, por supuesto, de la fábrica de los Gobelinos, creada en 1667. En el palacete de la Maison Daurade, auténtico palacio urbano coronado por cúpulas, el Primer Presidente de Pontac disponía de una verdadera galería de cuadros, mencionada por todos los viajeros⁷. En la cumbre del Estado, la potencia se exhibía con la máxima ostentación: las dos galerías del palacete de Séguier, por ejemplo, estaban adornadas con varias series de cuadros que exaltaban los méritos del canciller. *La caída de los titanes* evocaba la victoria conseguida por el ministro ante la rebelión de los grandes señores. *Apolo, vencedor de la serpiente Pitón*, era la herejía dominada por la toma de La Rochelle. En las fachadas del palacete que el mariscal de Villars hizo construir en la calle de Grenelle por Germain Boffrand, inscripciones monumentales recordaban que el mariscal había vengado por las armas las derrotas de Francia. En el interior, el salón del fondo era una especie de galería que presentaba una decoración dedicada a los atributos de la guerra y de la paz. En cada uno de los cuatro paneles principales, el registro superior ofrecía una corona de laurel y de olivo que rodeaba bastones de mariscal entrecruzados. Nos hemos centrado en elementos de decoración particularmente prestigiosos, pero se

⁵ CUBELLS, M., *La Provence des Lumières: les parlementaires d'Aix au XVIII^e siècle*, París, Maitland, 1984, p. 313.

⁶ FAVREAU, M., *La curiosité et le mécénat à Bordeaux au Grand siècle (1598-1715)*, tesis, Université Paris I Panthéon-Sorbonne, 1994, 2 vol., t. I, p. 164.

⁷ Para mayor precisión, FIGEAC, M., *La douceur des Lumières*, Burdeos, Mollat, 2001, p. 41.

podría realizar el mismo análisis sobre el mobiliario. En efecto, en una época en la que este último estaba todavía poco diversificado, el lujo se concentraba en algunos muebles de excepcional magnificencia, como esos grandes bargueños de ébano, en marquetería, incrustados con piedras procedentes de Flandes, que seguían siendo el atributo de las grandes mansiones. Las diversas manifestaciones del fasto tenían que ser brillantes, signos de la grandeza social, visibles para todos.

La transformación de los interiores, la difusión de un lujo que privilegia el confort, la aparición de nuevas formas y de nuevos materiales, pueden datarse fácilmente examinando los inventarios de bienes con los que “se procura saber cómo circuló lo invisible”⁸. Si retomamos el muy precioso indicador de los revestimientos murales, observamos muy claramente esta transformación y esta difusión del lujo. En el siglo XVII los tapices de alto lizo eran un verdadero marcador de la cumbre de la jerarquía social. Progresivamente, la tapicería industrial fabricada en Elbeuf o en Ruan y conocida con el nombre genérico de Bergamo, ocupa cada vez más espacio antes de ser relevada por las telas pintadas, las indianas, o por el papel pintado, pegado a un soporte o a la misma pared, de ahí que no aparezca en los inventarios. Si nos atenemos a un panfleto de 1791 contra el lujo, estas nuevas modas mucho más difundidas no significaban necesariamente la reducción de los costes: “En la fábrica del señor Réveillon, he visto un papel para el que se necesitaron ochenta planchas, de forma que era tan caro como una colgadura de los Gobelinos. He aquí un lujo verdaderamente extravagante y ruinoso”⁹. Efectivamente, la innovación suscitaba siempre nuevos gastos. En los años 1780 procedía en particular del uso de pintura al temple, opaca, que permitía recurrir a colores vivos y tornosolados, capaces de satisfacer los gustos de los contemporáneos. Dichas nuevas modas correspondían asimismo a la transformación de los interiores, porque el rápido retroceso de las grandes salas conllevó el de los tapices, muy visible en los inventarios de bienes.

Del salón al cuarto de baño: la metamorfosis de los lugares

Cuando el barón de Frénilly habla de Madame Dupin, quien, con noventa y cuatro años de edad, seguía adoptando el modo de vida del Gran Siglo, nos comunica su sorpresa ante el arcaísmo de esta señora que aún vive como en el siglo XVII: “Salón, comedor, todo se hacía en el inmenso cuarto de dormir de Madame Dupin [...]”¹⁰. El juicio de este memorialista muestra hasta qué punto las mentalidades habían evolucionado, porque a finales del siglo XVIII, dicho modo de vida, desprovisto de separación entre lo público y lo privado, le parecía algo incongruente. En

⁸ CROIX, A., “Le livre, le café et la baignoire. Les décalages sociaux, culturels et spatiaux dans le domaine de la culture de l’habitat”, en *Nouvelles approches concernant la culture de l’habitat*, Bruselas, Brépols, 1989, p. 187.

⁹ *Discours sur le luxe et sur l’hospitalité, considérés sous leurs rapports avec les mœurs et l’éducation nationale*, 1791, sl., p. 7.

¹⁰ Baron de FRENILLY, *Souvenirs*, París, 1908, pp. 182-184.

este contexto de especialización, el salón que había aparecido en los más grandes palacios desde mediados del siglo XVII, se convirtió en el eje de la vida nobiliaria, el corazón de la vida social. Como explica Briseux en su tratado, es “la sala principal y más ocupada”, ya que en *Les maisons de plaisance*, Blondel afirma que “es donde se puede comer, cuando se trate de una comida de consecuencia, dar bailes, dar conciertos y venir a relajarse al volver de la caza”¹¹. “Punto miliar de donde todo parte”, como Balzac lo escribirá más tarde, el salón parecía haber destronado al comedor, puesto que los nobles pasaban en él más tiempo. Al contrario, el cuarto de baño, tan bien descrito por Bastide, aparece como el símbolo por excelencia del repliegue en lo íntimo, pero su posesión sigue siendo socialmente muy discriminatória. El arquitecto Jacques-François Blondel inventariaba, en 1750, cinco estancias de baños para 73 palacetes de la capital, mientras que una encuesta de 1801, sobre 66 palacetes construidos a partir de 1770, mencionaba veinte, lo que confirma una sensible progresión¹². Si nos atenemos a la sola posesión de una bañera, ésta correspondía a tan sólo un 4% de los inventarios nanteses entre 1766-1770, pero ya a un 23% entre 1791-1795. En la mayoría de los casos, se trataba de modelos sencillos que tenían que llenarse manualmente, porque la acometida de agua, cuya instalación resultaba muy costosa, era el privilegio de los más ricos, como el marqués de Marigny, quien hizo implantar en Ménars una máquina hidráulica. Lo mismo que para la estancia de los baños del palacete de Vergès, en 1782 en París, donde “se llevaba el agua a la bañera gracias a dos imponentes grifos de cobre, uno para el agua fría, otro para el agua caliente”¹³. Con sus azulejos negros y blancos, su ventanal de cristal de Bohemia y sus pinturas al fresco que representaban ninfas, el lugar se hizo símbolo de los placeres de las Luces. El cuarto de baño era realmente el colmo de la modernidad, pero la multiplicación de los saloncitos, gabinetes, antecámaras y de todos los pequeños aposentos, correspondía efectivamente a esa misma voluntad de compartimentar las diferentes ocupaciones del día. Sin embargo, hay que guardarse de generalizar esta evolución al conjunto de la vivienda nobiliaria porque, en el campo, sólo participaba en ella cierta élite. Así, los trabajos de Christian Desplat sobre el lejano Bearne han permitido observar que los salones eran todavía escasos y que la polivalencia de las habitaciones seguía siendo lo común¹⁴. El control de los nuevos objetos debía de ser aún más selectivo.

¹¹ BLONDEL, J. F., *Maisons de plaisance*, París, 1737, I, p. 31.

¹² PARDAILHE-GALABRUN, A., *La naissance de l'intime, 3000 foyers parisiens, XVII^e-XVIII^e siècles*, París, PUF, 1998, p. 357.

¹³ Relatado por PARDAILHÉ-GALABRUN, A., *op. cit.*, p. 358.

¹⁴ DESPLATS, Ch., “L’hiver des gentilshommes: le château et son décor en 1793 (Béarn et Pays Basque)”, en *Châteaux et Révolution*, Actas del cuarto coloquio de castellología, Flaran, 1991.

La profusión de objetos

Tomando cinco ejemplos de la alta nobleza parisina, las casas de La Tremoille, los Fitz-James, los Fleury, los Coigny y la princesa Kinsky, Natacha Coquery puso en evidencia esta permanente búsqueda de lo que distingue, este gusto por el confort, por los muebles lujosos, por las modas, del orientalismo a la anglomanía, pasando por la vuelta a la antigüedad¹⁵. Sin perderse en datos estadísticos, un rápido análisis muestra una muy profunda transformación de los interiores, que ya no son en absoluto los de principios del siglo XVIII, con una verdadera explosión del número de objetos. La evolución es especialmente espectacular cuando se examinan las piezas más hermosas que adornaban salones, comedores y habitaciones de aparato. Mientras se contaba un promedio de quince butacas a principios del siglo, se pasa a veinticuatro a finales, en la zona de Agen, en Perigord y en las Landas, y se alcanzaban las treinta y cinco en la zona de Burdeos. Todos los grandes salones tenían sus cómodas, sus sofás y sus poltronas, más o menos numerosas, mientras que los canapés, confidentes u otomanas ya eran propios de los más afortunados. Las primeras huellas del nuevo mobiliario de madera exótica, conocido con el nombre de ‘mobiliario portuario’, pueden observarse en los años 1700, aunque es después de la Regencia, en los años 1720-1730, cuando éste triunfa en Burdeos, al compás de su prosperidad.

A finales del siglo, capas cada vez más amplias de las élites participaban de esta tendencia, como atestigua el vaciado sistemático de los periódicos de anuncios. A través del *Journal de Guyenne*, constituido por avisos y anuncios que abarcan las actividades comerciales bordelesas en los años 1770-1790, conocemos a decenas de comerciantes que llegaron a la ciudad para proponer sus productos a una clientela de alto poder adquisitivo. Los vendedores enfatizan especialmente la rareza, la exclusividad, la notoriedad, la novedad, y sobre todo la renovación y la ventaja de estar al tanto de las últimas modas parisinas y de hacerlas llegar a Burdeos:

“Los señores Martín y Pierre David, recientemente establecidos en la calle de los Plateros, cerca de la plaza del Palacio, tienen un muy bello surtido de telas de seda y de dorados de todas las calidades, para el uso de las damas; reciben directamente lo más nuevo y del último gusto, y pueden proveerlo tan pronto como en la capital, por la facilidad que les procura el tener allí un establecimiento, ventaja que hasta ahora ha faltado en las Provincias y las ha privado de tener enseguida las telas nuevas. Renovarán sin cesar sus surtidos sin abusar de los precios y se precian de este modo de merecer la preferencia”¹⁶.

Los mecanismos del comercio del lujo y de la obsolescencia de las modas se describen de manera admirable en este texto según un proceso parecido al que Na-

¹⁵ COQUERY, N., *L'hôtel aristocratique. Le marché du luxe à Paris au XVIII^e siècle*, París, Publications de la Sorbonne, 1988.

¹⁶ A. D. Gironda, *Recueil des Annonces, Affiches et avis divers pour la ville de Bordeaux*, jueves 17 de enero de 1774, n°4.

tacha Coquery ha puesto de relieve en París. Las innovaciones son permanentes y se suceden con increíble rapidez, enseñándonos que son la moda, ultra efímera, y detrás de ella el funcionamiento de la sociedad de corte, las que dictan las leyes de la oferta y de la demanda. Junto a la influencia parisina, las tiendas inglesas, que proliferan igualmente en la ciudad, atestiguan la legendaria anglomanía bordelesa. Duras, fabricante bordelés de papeles pintados oriundo de Dublín, publica, por ejemplo, un anuncio en 1772 en el que declara no haber “ahorrado trabajo ni cuidado para conseguir de Londres y otros lugares los dibujos del mejor y último gusto”; y Madame Howison anuncia en 1787 que vende “licoreras pintadas por los señores West y Gainsborough, famosos artistas de Londres”. Al final de la cadena, muebles de arte, orfebrería y colgaduras de indianas se encontraban en los interiores de las viviendas de la gente de justicia, de los negociantes y de franjas cada vez más amplias de las élites, una característica propia del mercado del lujo que, sin embargo, planteaba un problema identitario al conjunto del estamento nobiliario.

2. Conquista del lujo y crisis nobiliaria

Apariencia y jerarquía de rangos

La explotación estadística y cualitativa de los inventarios de bienes permite destacar estratos y tipos nobiliarios, porque como lo puso en evidencia Norbert Elias, un código suntuario preciso regía las prácticas sociales, de tal modo que era esencial percibir las diferencias entre los grupos:

“En una sociedad en la que cada actitud de un individuo tiene valor de representación, las capas superiores son una necesidad a la cual no se pueden sustraer. Son un instrumento indispensable de auto-afirmación social (...) Cuando un duque se propone construir una casa, ésta debe ser efectivamente la casa de un duque y no la de un conde”¹⁷.

Este conjunto de códigos había sido perfectamente asimilado por los contemporáneos, si nos atenemos a los tratados de arquitectura como *La manière de bien bastir pour toutes sortes de personnes*, publicado en 1623 con la firma de Pierre Le Muet. Este libro se convirtió rápidamente en un verdadero manual para la construcción parisina, porque proporcionaba modelos para toda la gama de categorías sociales. De este modo, el noble deseaba expresar mediante la construcción su posición, su rango, como lo enunciaba claramente el presidente de Grimaldi-Régusse en Aix-en-Provence:

“Los (edificios) son una honrada y necesaria consecuencia del cargo, así como el tren de vida y los amueblamientos a los que la vanidad y la pompa de la ciudad nos obligan”¹⁸.

El final de la frase es esencial porque sugiere que las necesidades de auto-afirmación social eran mucho más vivas en la ciudad, donde cada vez más la no-

¹⁷ ELIAS, N., *La société de cour*, París, Flammarion, 1985, p. 43.

¹⁸ Citado en *Histoire d'Aix-en-Provence*, Edisud, Aix-en-Provence, 1981.

bleza estaba obligada a vivir, llevándola a gastos excesivos para controlar los signos de su dominación.

No cabe ninguna duda de que esta competición por el control del lujo tuvo un significado tanto social como político, y para convencerse de ello basta con seguir al duque de Aiguillon, exiliado en su tierra del valle del río Garona en 1775, donde se constituyó una pequeña corte inspirada en las cortes principescas del valle renano. Su voluntad de transferir a esta lejana provincia el mundo en el que había vivido hasta entonces era visible en el palacio ducal a través del triunfo de la intimidad, de una profusión de mobiliario de lujo, de una sinfonía de colores y de luz, y tras rendir un verdadero culto a las artes del teatro¹⁹. Caído en desgracia tras una desavenencia con Madame du Barry, Choiseul adoptó exactamente la misma estrategia en Chanteloup en 1770. Vivió allí durante cuatro años, reuniendo a su alrededor una verdadera corte que se movía en la opulencia. Cuando el duque de Aiguillon le hizo perder el cargo de coronel general de los Suizos, por el que percibía 100.000 libras, pasó por apuros económicos y tuvo que vender su galería de cuadros, una parte de sus objetos de plata y los diamantes de su esposa, para conseguir liquidez. Estas dificultades no le impidieron, sin embargo, seguir con su vida dispendiosa e incluso edificar la famosa pagoda, en la que hizo instalar placas de mármol con el nombre de todos aquellos que le visitaron. “Al llegar de noche, era como entrar en Versalles, por la magnificencia de la iluminación interior y exterior en una prodigiosa sucesión de edificios”, confiaba Dufort de Cheverny en sus *Mémoires*²⁰. Estos gastos, que el memorialista estimó en 40.000 escudos, eran tanto un acto estético como político, que ilustra perfectamente el vínculo indisoluble que se había establecido entre prodigalidad y endeudamiento.

“La búsqueda de un nuevo lenguaje para desclarar el antiguo”²¹

El ejemplo de Choiseul lo ilustra de maravilla. Las nuevas modas, que se sucedían a un ritmo cada vez más desenfadado, partían de la Corte, de la nobleza parisina, ‘núcleo plutocrático’ cuyas formas de consumo son bien conocidas desde el estudio de Natacha Coquery. La velocidad de cambio de la ropa, que es la mejor expresión de esta fiebre del consumo, resulta ser excepcional: la duquesa de Fitz-James compró unos cincuenta pares de zapatos en 1781, 1782 y 1783; unos cuarenta vestidos y seis trajes en 1776. Incluso en una familia provincial como la de los Raymond en la región de Agen, parecía soplar un ritmo de consumo inusual, particularmente en 1776, fecha de la boda de Jean Florimond, ya que el 62% del presupuesto de la casa se invirtió en gastos de sastres y de modistas, tanto en Agen como

¹⁹ FIGEAC, M., *op. cit.*, p. 103.

²⁰ DUFORT DE CHEVERNY, *Mémoires*, París, Plon, 1909, p. 417.

²¹ La frase es de F. BRAUDEL acerca de la moda en *Civilisation matérielle et capitalisme*, t. I, *Les structures du quotidien*, París, A. Colin, 1979, p. 283.

en París²². Para seguir con este sector simbólico de las jerarquías, no podemos sino comprobar el sitio ocupado por la moda en toda la aristocracia europea, ya que el relato del padre Kitowicz, que evoca las preocupaciones del palatino de Smolensk, es muy parecido a las reacciones de un aristócrata francés:

“Los grandes señores ya no saben cómo pueden distinguirse del resto de la nobleza. En cuanto inventan una nueva moda, la ven enseguida utilizada por la nobleza rural. Piotr Sapieha, el palatino de Smolensk, profundamente afectado por esta imitación, deliberaba largamente sobre cómo vestirse de modo que nadie pudiera imitarle”²³.

Como lo subrayó Daniel Roche en *le monde des apparences*, el gasto lujoso, en particular de indumentaria, tenía que ofrecer una legibilidad inmediata de la jerarquía de condiciones sociales a la que daba sentido y revalidar, a cambio, la legitimidad. De ahora en adelante, el problema venía del hecho de que, en todos los países europeos, el avance económico y las transformaciones de la vida material ampliaban el acceso a los consumos de lujo y modificaban las representaciones y los juicios emitidos al respecto. En estas condiciones, el monopolio del lujo nobiliario se encontraba amenazado, como lo deplora Lottin en 1783:

“Antiguamente, por su vestido, por su simple porte, se distinguía al Magistrado del Militar, y al Artesano del Negociante; hoy, ya no hay rangos ni estados”²⁴.

Para los autores que estigmatizaban el lujo, esta competición por el dominio de los signos de distinción era fuente de confusión social y causa de una profunda crisis nobiliaria.

¿La nobleza víctima del lujo?

Para Sénac de Meilhan, que proporciona sobre el tema uno de los razonamientos más elaborados²⁵, nobleza, fasto y lujo habían sido indisociables durante varios siglos, pero la posesión exclusiva de las riquezas por los nobles se puso en tela de juicio por el impulso comercial y a la diversificación de las fuentes de fortuna:

“Cuando el número de ricos se ha multiplicado, cuando la opulencia ha sobrepasado todas las proporciones conocidas, se han visto humillados por las distinciones que establecían un intervalo entre su estado y el de los grandes. Parece que, no pudiendo elevarse hasta ellos, han orientado sus esfuerzos a rebajarlos a su nivel, inspirándoles

²² ROCHE, D., *La culture des apparences, une histoire du vêtement, XVII^e-XVIII^e siècle*, Paris, Fayard, 1989, p. 204.

²³ KITOWICZ, Abbé, *Description des coutumes sous le règne d'Auguste III*. Agradecemos a nuestro compañero de la universidad Copernic de Torun por habernos traducido y comunicado este texto.

²⁴ LOTTIN, A. P., *Discours contre le luxe*, p. 9.

²⁵ Seguimos al respecto los análisis muy agudos de Audrey PROVOST sobre los usos del lujo: *Formes et enjeux des publications sur le luxe en France dans la seconde moitié du dix-huitième siècle (vers 1760-1789)*, Tesis, mecan., Université Paris IV Sorbonne, 2002. Queremos expresarle nuestros agradecimientos por habernos comunicado los resultados de sus investigaciones antes de la publicación de la tesis.

el gusto del lujo, seguros de superarlos en este terreno. Por este medio, hábilmente, les han hecho renunciar al fasto, que caracterizaba su superioridad real; los grandes, reducidos por la atracción del lujo, han abandonado todo lo propio de la representación exterior; ya no han aparecido precedidos por gentileshombres: han cesado de tener pajes. La elegancia ha sucedido a la magnificencia; el lujo ha reemplazado al fasto. La nobleza ha descendido de su rango para combatir de riqueza a riqueza con hombres oscuros, cuyo solo dinero formaba la existencia; en esta lucha, ha sufrido la más marcada desventaja”²⁶.

El autor muestra así cómo se ha pasado de la coincidencia entre fasto y lujo, propia de un tiempo de equivalencia entre riqueza y nobleza, a una confusión social propia de un tiempo en el que sólo hay lujo. Al no encontrar otra respuesta al lujo sino adoptarlo, la nobleza se extravió, porque puso en peligro sus bienes raíces mientras perdía su identidad. Para ilustrar esta pérdida de valores tradicionales, Sénac de Meilhan evoca la tradición que permitía a los Grandes prodigar sus liberalidades a su entorno, a sus clientes, elegidos de entre una nobleza menos adinerada. El final de esta práctica es el símbolo de la desaparición de las solidaridades dentro del segundo estamento, que Adam Smith analizaba, justamente, en *La riqueza de las naciones*, como una de las consecuencias del paso a sociedades comerciales²⁷. Partiendo de esta interpretación, no debemos asombrarnos de la vigorosa denuncia del lujo que encontramos entre los defensores de la hidalguía pobre de provincias, como el caballero d’Arcq. Estigmatizando la actitud de la nobleza urbana que se precipitaba hacia todas las novedades, desde la bañera hasta las bebidas exóticas, exclamaba: “¡Dejen este lujo que les degrada!”. En la *noblesse militaire*, ofrecía una mística muy alejada de la ideología de las Luces, y donde aconsejaba cultivar la grandeza en la vida sencilla y odiar el dinero. Todos los panfletos anti-nobiliarios que florecieron a finales del Antiguo Régimen asociaban a menudo, de hecho, la crítica del segundo estamento con la denuncia de los efectos debilitantes del lujo. Así, Lottin se mostraba muy alarmista en su *Discours contre le luxe*:

“Las delicias y las voluptuosidades que siempre acompañan a la opulencia reblandecen y enervan a los cuerpos: pronto se vuelven débiles y afeminados (...) al fin la especie degenera”²⁸.

Esta denuncia encontraba un terreno particularmente eficaz, por ejemplo, cuando se comprobaba, con la ‘caída de las cunas’, bien puesta de relieve por J.-P. Bardet o más recientemente por Stéphane Minvielle²⁹, la extinción acelerada de un número muy importante de linajes. En otro panfleto publicado en 1787, *L’ouvrage d’un citoyen, gentilhomme, militaire, ou lettres sur la noblesse*, el autor evocaba las luchas

²⁶ SENAC DE MEILHAN, *op. cit.*, pp. 96-97.

²⁷ SMITH, A., *Richesse des nations*, Edition G.F., t. I, pp. 502 y siguientes.

²⁸ LOTTIN, *op. cit.*, p. 55.

²⁹ BARDET, J.-P., *Rouen aux XVII^e et XVIII^e siècles. Les mutations d’un espace social*, París, Sedes, 1983; y MINVIELLE, Stéphane, *La famille en France à l’époque moderne*, París, Armand Colin, 2010, pp. 85-95.

implacables entre nobles por el control de los signos exteriores de distinción y ofrecía una profunda sentencia: “habrá más dinero para sostener el lujo extravagante”³⁰. Para oponerse a la perversión de los mecanismos de distinción debida al alarde del lujo burgués, deseaba restablecer una legibilidad clara de las jerarquías sociales: “De ser posible, acostumbrad los ojos y las cabezas a algún otro signo y recurso; si el lujo pierde su precio y no surte más efecto, pronto caerá por sí mismo”³¹. De este modo apareció todo un movimiento de reforma de la nobleza que deseaba que ésta se distinguiera en adelante por las virtudes, a fin de recuperar la verdadera superioridad social y moral. Esta nobleza preocupada por una vuelta a los verdaderos valores es la que, por ejemplo, Madame de Genlis ponía en escena en sus obras de los años 1780:

*“Hé aquí el funesto efecto del lujo, es decir de la más despreciable vanidad, la de querer brillar por una loca magnificencia, en lugar de buscar distinguirse por la virtud”*³².

El noble, modelo de sus novelas, era el gentilhomme de provincias que vivía en sus tierras, ejercía la beneficencia local y participaba en el progreso agrícola.

En definitiva, esta denuncia de la pasión de la nobleza por el lujo estéril propone una lectura muy coherente del malestar nobiliario a finales del Antiguo Régimen, porque Sénac de Meilhan relaciona “los distintos hilos de la evolución económica, moral, social y política de la historia común con los progresos del lujo y el rebajamiento de la nobleza”, como también puso acertadamente en evidencia Audrey Prouvost³³. La pérdida de identidad de la nobleza corrió pareja con el crecimiento excesivo de la potencia soberana y con la desaparición de los cuerpos intermedios, transformando así la monarquía en despotismo. Sin embargo, pese al carácter muy atractivo de la demostración, no podemos sino lamentar que los panfletos, los tratados y las obras teóricas, no hayan podido ser confrontados con la evolución social sobre el terreno, en la línea de esos historiadores que hacen la historia de la alimentación únicamente a partir de los tratados de cocina. Unir ambos extremos de la cadena es un poco lo que hemos intentado hacer en *La douceur des Lumières*³⁴.

3. Triunfo del lujo y diferenciación nobiliaria: ¿hacia la disolución estamental?

El lujo, manzana de la discordia en el seno del estamento nobiliario

Cabe poca duda de que el enriquecimiento acelerado de una franja cada vez más amplia de las élites haya desdibujado las jerarquías sociales tradicionales, y para convencerse de ello, basta con considerar la ambigüedad que rodeaba el estatus de los financieros y demás arrendadores de rentas reales. Si estos últimos consiguieron

³⁰ *Ouvrage d'un citoyen, gentilhomme et militaire, ou lettres sur la noblesse*, Londres, 1787, p. 129.

³¹ *Ibid.* p. 161.

³² Madame de GENLIS, *Veillées du château*, tomo I, p. 155.

³³ PROUVOST, A., *op. cit.*, p. 404.

³⁴ FIGEAC, M., *op. cit.*

vencer muchas reticencias, hasta el punto de ser admitidos en los círculos de la Corte, es porque compartían un mismo marco de vida y se habían implicado en gastos idénticos, como lo subraya el caballero de Jaucourt en la *Enciclopedia*:

“Los financieros han emprendido un vuelo tan alto que se encuentran a la par de los grandes del reino. Nada escapa a estos hombres ricos y curiosos, ni las flores de Italia... ni los tesoros de China, ni las porcelanas de Sajonia, de Sèvres y de Japón. Ved sus palacios en la ciudad y en el campo, sus vestidos de gusto, sus muebles elegantes, sus equipajes ligeros, ¿huele todo ello a pueblo?”³⁵.

Sin embargo, muchos nobles se negaban a considerarlos como a semejantes; más bien eran sacacuartos del fisco que habían comprado su nobleza gracias a vulgares cargos venales. Así, el cardenal de Bernis escribía “no hay nada más innoble y quizás más injusto como obtener el precio de la virtud con dinero, que es a menudo el precio del vicio”³⁶. Pero en realidad, este resentimiento hacia los enriquecidos no era verdaderamente un hecho nuevo, porque era corriente observar la misma animosidad hacia los prestamistas del rey y muchos oficiales, esas “setas de una noche”, como los calificaban los diputados del segundo estamento durante los Estados Generales de 1588. La mayor diferencia radicaba ciertamente en el carácter más masivo del fenómeno y en el coste cada vez más importante de las prácticas ostentosas.

La importancia de este tema del lujo y de lo superfluo se conoce muy bien gracias a las posiciones del caballero d’Arcq quien, como hemos mostrado, combatía dichas prácticas y aconsejaba cultivar la grandeza en la vida sencilla y odiar el dinero. En otros trabajos hemos podido medir la popularidad de estas ideas en el seno de cierta hidalguía de provincias, expresadas al redactar los libros de reclamaciones de 1789³⁷. Sin embargo, para apreciar mejor hasta qué punto el debate pudo dividir al estamento, es interesante explotar los escritos del fuero privado, y particularmente la correspondencia epistolar, donde el corresponsal se presenta sin artificios. Así, encontramos un asombroso reflejo de esta controversia en el seno de una misma familia, la de los esposos Marcellus en los años 1760³⁸. M. de Marcellus, de 21 años de edad, atraído por los placeres de la ciudad y las nuevas ideas, se había casado en 1766 con una joven viuda, Madame de Piis, que se complacía en alabar valores campesinos de economía, sabiduría y parsimonia. Con estos principios administró la propiedad familiar mientras que su voluble esposo disfrutaba de la vida parisina. Sin embargo, varias cartas que intercambiaron en aquella ocasión corresponden a dos concepciones de la vida noble:

³⁵ DIDEROT y d’ALEMBERT, *La Enciclopedia*, artículo *Pueblo*.

³⁶ CARDINAL de BERNIS, *Mémoires*, París, Ed. Masson, 1878, p. 114.

³⁷ FIGEAC, M., *L’automne des gentilshommes. Noblesse d’Aquitaine, noblesse française au siècle des Lumières*, París, Champion, 2002, pp. 290-292.

³⁸ Archivos privados, Château de Marcellus, Correspondencia entre M. de Marcellus y Madame de Piis. Agradecemos vivamente a la Condesa de Montbron que nos dejó fotocopiar cierto número de cartas. Además, estamos muy agradecidos a Marie-Annick Pontacq por haber realizado con talento la transcripción.

“El castillo en que viviré, quiero que tenga un interior magnífico y espero que usted quiera hacerlo como tal; los numerosos criados ricamente vestidos halagan mi vanidad, una muy buena mesa es de mi gusto, un coche y caballos en la casa para mi comodidad, un cochero y su aderezo para la satisfacción de mi amor propio y en ocasiones para mi ventaja particular. Habiendo numerosos caballos en mi casa, no montaré nunca en coche mas que conducido por mi cochero, bien puesto y seguido siempre por dos lacayos bien vestidos y de alta montura; esto es, según me parece, el buen gusto y lo que corresponde aquí a los grandes señores. ¿Por qué no lo sería yo, como estos de aquí, en nuestro país? En cuanto a la magnificencia de la casa y de los muebles, es por vanidad que los deseo, quiero ser y debo ser el mejor en mi casa. De hecho, es razonable tener la mejor casa posible donde se tiene un bello estado. Y aunque no cazo, no está dicho que no tome una jauría de quince o veinte perros: no me servirán casi, pero eso no arruina y hace honor”.

El palacio, los criados, la magnificencia de los interiores y de la mesa, la indumentaria e incluso hasta la caza que nuestro joven noble adopta únicamente a modo de signos de apariencia noble y no por gusto, he aquí una enumeración asombrosa de todo lo que hacía lo noble en las mentalidades de la época. Sin embargo, la respuesta de la esposa se sitúa en un sistema de valores muy distinto, el de la antigüedad del linaje, del prestigio de la sangre que no necesitaba los fastos de lo superfluo:

“Creo pues, mi joven y tierno amigo, que la magnificencia y la suntuosidad están hechas para los financieros y para las personas para las que la fortuna tiene lugar de nobleza; esas gentes están en la necesidad de sobresalir de algún modo. Usted no está en ese caso y, cayendo en las mismas máximas, podría sin quererlo caer en ridículos que faltaría tiempo para borrar. Mi opinión sería ordenar y amueblar Tartifume con nobleza, gusto y limpieza: una simplicidad elegante sería de mi gusto (...) La mesa debe ser buena, delicada, sin profusión; los domésticos, no demasiado numerosos ni demasiado pocos; su aderezo noble y decente; deben llevar la librea de su señor tal cual es. La antigua nobleza reside en esta antigüedad”.

Con esta sabiduría que le había llevado a rechazar el ir a vivir a la ciudad, Madame de Marcellus entendió que lo que estaba en juego era la salvaguarda del patrimonio de los ancestros, de quienes se consideraba la depositaria, y que el endeudamiento podía poner el peligro.

El endeudamiento ¿un riesgo para la supervivencia de la nobleza?

En este contexto de fiebre del consumo, la relación es lógica y son numerosos los historiadores del siglo XIX que no se privaron de hacerla. En 1920 en *La noblesse de France et l'opinion publique au XVIII^e siècle*, H. Carré titulaba uno de sus capítulos “Train de vie, ruines et mendicité chez les Grands”, donde recopilaba los ejemplos de hijos de buena familia descarriados que gastaban su fortuna en comidas

prestigiosas, bailadoras exigentes e indumentarias resplandecientes³⁹. El endeudamiento que solía gravar las fortunas podía, al alcanzar cierta magnitud, ser un factor de inestabilidad social. Pensemos, por ejemplo, en el caso del brillante Joseph-Ignace de Villeneuve, conde de Martignan, quien, para materializar sus primeros éxitos en el escenario aviñonés, decidió hacer reconstruir su palacete de la calle Masses. Dirigiéndose al más famoso de los arquitectos aviñoneses, Jean-Baptiste Franque, dotó a la ciudad con una de sus joyas más gráciles. Los edificios, con fachadas coronadas por balaustradas, agrupados alrededor de un patio de entrada y de un jardín, presentaban a los visitantes una disposición serena y majestuosa, obra maestra del arte clásico meridional. Añadida a un lujo diario escandaloso, dicha construcción le arruinó, hasta verse obligado a alquilar su hermosa casa para sobrevivir. Podríamos multiplicar fácilmente los estudios de casos semejantes porque cada monografía regional proporciona ejemplos de estos nobles cuyos gastos poco razonables llevaron a su familia al borde del abismo financiero. En París, en el ámbito no obstante más prudente de los parlamentarios, François Bluche demostró que las nuevas generaciones eran claramente más derrochadoras, hasta tal punto que las renuncias a la herencia se hicieron más frecuentes a lo largo del siglo⁴⁰. El endeudamiento era estructural en numerosas familias, cuyas deudas a los proveedores de bienes de consumo se fraccionaban en varios años, a semejanza del Primer Presidente Le Peletier de Rosambo quien, en 1743, pasaba por deber tres o cuatrocientas mil libras. Para medir la magnitud del problema, volveremos a abrir la correspondencia de Madame de Marcellus, inagotable fuente del tremendo impacto de tantos ejemplos de decadencia socioeconómica:

“Vuestros proyectos se parecen perfectamente a los que ejecuta todos los días un hombre del cual voy a citaros el ejemplo. Es el señor de Ségur, el jorobado. No hace otros gastos que los que queréis hacer, incluso con la mesa de menos, ya que no da nunca de comer y su ordinario es muy frugal. Sin embargo, desde hace dos años que goza de su bien, no le han bastado ochenta mil libras de renta anuales y ya ha tomado prestados diez mil escudos. No hay que creer lo que la estancia en la ciudad le cuesta; la del campo comportaría para él más gastos porque allí se vería obligado a dar de comer. No juega ni tiene amantes, pero los numerosos criados y la manera en que los mantiene le arruinan: es lo que arruinó a su padre, todo el mundo está de acuerdo, y al hijo le gusta más satisfacer sus gustos que pagar a los acreedores que su padre redujo a la limosna. Podría añadir mil ejemplos a este, pero no es necesario, ya que el del señor de Segur es demasiado impactante como para no deteneros (...) Creed que una mujer a la que llamáis rústica es más sensata y razonable que las tres cuartas partes de las elegantes que admiráis”.

³⁹ CARRE, Henri, *La noblesse de France et l'opinion publique au XVIII^e siècle*, Slatkine Reprints, Ginebra, 1977, p. 56.

⁴⁰ BLUCHE, F., *Les magistrats du Parlement de Paris au XVIII^e siècle*, París, Economica, reed. 1986, pp. 177-181.

Sin embargo, no habría que generalizar ejemplos lógicamente espectaculares de desastres financieros, cuantitativamente muy minoritarios. No eran raros los nobles que llevaban un tren de vida fastuoso sabiendo hacer prosperar su fortuna, a la manera del conde de Choiseul-Gouffier y, como mostró muy bien Natacha Coquery⁴¹, el endeudamiento remediaba la ausencia de liquidez, autorizando el consumo sin tener consecuencias dramáticas, cuando aquel oscilaba entre el 5 y el 15% de la fortuna. Entonces, la venta de una tierra o de un inmueble bastaba para restablecer el equilibrio. A pesar de avances notables pero puntuales, todavía queda mucho por hacer en el análisis de los métodos de gestión de la nobleza. Sin embargo, no hay que deducir de algunas conductas individuales signos de una crisis del grupo, cuando se pueden encontrar otros tantos ejemplos de lo contrario.

¿Agravamiento de los desniveles socio-económicos entre la hidalguía rural y la nobleza urbana?

Los consumos de prestigio que rápidamente destacan al examinar los inventarios de bienes eran más bien la característica de las sociedades urbanas, hasta el punto que numerosos panfletos contra el lujo asociaban naturalmente los gastos desenfadados con la ciudad, abismo de la humanidad.

“Queriendo dar a nuestros hijos el gusto de los placeres sencillos, queriendo alejarlos de todo lo que puede inspirarles el del fasto y la magnificencia, ¿iremos a vivir a una tierra que está tan sólo a seis leguas de París?”, se preguntaba Madame de Genlis en *Adèle et Théodore*⁴². Son obviamente las grandes ciudades y sus élites las que atraían a estos comerciantes de modas que difundían sus avisos en las páginas de anuncios, como el *Journal de Guyenne*, donde se podía leer el 28 de septiembre de 1787, que “Monsieur Dawson, fabricante de Birmingham, pondrá a la venta un amplio surtido de mercancías inglesas, como quincalla y joyas; su tienda se encuentra calle Royale, en la de Monsieur Williams de Londres, quien vende al por mayor bombasías, terciopelos y gasas, hasta el final de la feria”. En efecto, en Burdeos como en Aix-en-Provence o en Tolosa, el ámbito parlamentario proporcionaba compradores potenciales y, al final del Antiguo Régimen, se nota una incontestable homogeneidad de la vida material de los miembros de la nobleza de toga. Cuando Desinocens de Maurens, presidente del Parlamento de Tolosa, emigró bajo el avance de la Revolución, abandonó su amplio palacete de la calle Pénitents Blancs⁴³. Entre las numerosas habitaciones, el escribano revolucionario descubrió un comedor, un salón de compañía de invierno y una estancia de baño dotada de una bañera. Una lámpara de araña de seis velas permitía iluminar una amplia sala de recepción. Veintidós tapices estaban guardados en los armarios con 162 mante-

⁴¹ COQUERY, N., *op. cit.*, p. 154.

⁴² Mme. de GENLIS, *Adèle et Théodore, ou Lettres sur l'éducation*, París, 1782, t. I, p. 15.

⁴³ DOUSSET, C., “Entre tradition et modernité: les intérieurs toulousains au XVIII^e siècle”, *Annales du Midi*, t. 115, n^o 241, enero-octubre 2003, p. 31.

les, 130 docenas de servilletas y 1.526 platos, mientras que la bodega contenía 812 botellas de vino de Borgoña, de Madera o de Sauternes, lo que viene a confirmar la densidad de la vida social del Presidente. Con 2.182 volúmenes, la biblioteca atestigua el eclecticismo de su cultura. Ese tipo de magistrado ilustrado se encuentra idénticamente en las otras ciudades con Parlamento; pero tampoco hay que esquematizar a ultranza ese modelo, porque el factor personal nunca podrá tomarse en cuenta en una tipología por flexible que sea. Presidente con birrete, rico de medio millón de libras, Montesquieu, quien también denunciaba los efectos del lujo, vivía en La Brède con una austeridad espartana. Los miembros de un pequeño Parlamento como el de Pau disfrutaban de una comodidad más parecida a la de los gentileshombres del Bearn que a la de sus vecinos del Parlamento de Burdeos⁴⁴. Por último, en Ruan como en Rennes, Olivier Chaline y Gauthier Aubert nos demostraron que en el sistema de representaciones de los parlamentarios locales se privilegiaba el castillo señorial⁴⁵. En tales casos, la residencia rústica recibía todo el cuidado de los propietarios, escapando así de las demostraciones en la ciudad, lugar de gastos suntuarios.

Por lo tanto, no podemos suscribir que en el campo el modo de vida era sistemáticamente menos sofisticado que en la ciudad, en la medida en que la fortuna del propietario, e incluso la importancia que concedía a su residencia, parecían ser factores determinantes. Todo dependía también de la proximidad a una gran ciudad. Así, en la región de Burdeos o en Lauraguais, algunos palacios gozaban de una importante vida mundana, particularmente en época de vendimia o de siega. Nuestro análisis estadístico sobre la vida material en los palacios de Guyena ha mostrado que cuanto más nos alejábamos de la metrópoli, menos sofisticado era el interior⁴⁶. Así, butacas o poltronas, sin hablar de sofás, eran indiscutiblemente menos frecuentes (33,96 frente a 23,49), porque en las habitaciones secundarias, la mayor parte del tiempo se utilizaban sillas sencillas de madera y paja. En realidad, trabajamos aquí a partir de valores medios, porque es cierto que, junto a los grandes palacios de la nobleza de corte, existían decenas de casas solariegas rústicas donde la calidad de vida podía asemejarse a la del labrador. En su estudio sobre la nobleza pobre de Bretaña, Michel Nassiet demostró perfectamente la existencia de una nobleza indigente⁴⁷. El valor de los objetos de consumo duradero variaba de unos miles de libras a una centena en el caso de unos nobles pobres que resultaban ser más pobres

⁴⁴ DESPLATS, Ch., "L'hiver des gentilshommes: le château et son décor en 1793 (Béarn et Pays Basque)", en *Châteaux et Révolution*, Actas del cuarto coloquio de castellología, Flaran, 1991, pp. 111-122.

⁴⁵ CHALINE, O., *Godart de Belbeuf, Le Parlement, le Roi et les Normands*, Luneray, Editions Bataout, 1996, pp. 126 y siguientes; y AUBERT, G., "La noblesse et la ville au XVIII^e siècle", *Histoire Urbaine*, n^o 4, dic. 2001, pp. 127-150.

⁴⁶ FIGEAC, M., *La douceur des Lumières*, op. cit., véase en particular los cuadros de las pp. 285 y siguientes.

⁴⁷ NASSIET, M., *Noblesse et pauvreté. La petite noblesse en Bretagne, XV^e-XVIII^e siècle*, Société d'Histoire et d'Archéologie de Bretagne, Bannalec, 1003, pp. 218-227.

que ciertos campesinos acomodados. En estas casas, donde la familia solía vivir en la misma habitación, la yuxtaposición de muebles tenía efectivamente un aspecto bastante parecido al de los interiores de los labradores. Estos nobles habían perdido, por tanto, todo tipo de señal honorífica que expresara su nobleza y se entiende así mejor por qué, en los libros de reclamaciones rurales, se dedicara al menos un artículo a la nobleza indigente. Para estos marginados del segundo estamento, los consumos suntuarios no podían sino avivar un profundo sentimiento de degradación social que el orgullo de tener sangre noble no podía apaciguar. Choiseul y los hidalgos contemporáneos del padre de Chateaubriand no habían vivido nunca en mundos tan alejados.

“*Para tener una gran casa, se necesitan tan sólo treinta mil libras de renta; pero para tener una pequeña, se necesitan cien mil*”⁴⁸. Esta reflexión del abad Coyer basta para resumir la profunda transformación de los hábitos de consumo existente entre el reinado de Luis XIV y el de Luis XV. Como observaba con agudeza Sénac de Meilhan, el fasto se había eclipsado en beneficio del lujo que, partiendo de la Corte, se había difundido entre todas las élites de la sociedad. El estudio de esta transformación de los consumos, primero en París con Natacha Coquery y después en provincias como yo mismo he intentado, ofrece una clave de lectura para analizar el malestar social prerrevolucionario y permite entender mejor los intereses divergentes que se disciernen en las asambleas de la nobleza durante la primavera de 1789. Mientras que los hidalgos del Périgord reclamaban la restitución de sus privilegios como garantía identitaria, sus primos de la región de Burdeos hacían alarde de su singularidad a través del elitismo de su consumo. El objeto se había convertido en símbolo de poder porque, como escribe Michel Delon, “el lujo constituía la propia imagen del consumo, la equivalencia del ser y del tener, la continuidad entre cuerpo y decoración”. ¿Es verdaderamente casualidad si Trémicour hace visitar *la petite maison* a Méliete para que sucumba más fácilmente?, cuando sabe muy bien que un gabinete o un cuarto de baño se hacen actores de la intriga, que un sofá toma la palabra con Crébillon, hasta tal punto que el lujo a veces cae en la lujuria.

“*La lujuria, hija de la opulencia y de la superioridad, no puede ser tratada más que por gente de cierta firmeza de carácter (...) más que por individuos, en fin, que, acariados primero por la naturaleza, lo sean después por la fortuna, suficientemente como para haber probado ellos mismos lo que nos trazan sus pinceles lujuriosos*”⁴⁹.

No soy yo quien lo escribe, sino una experta; es la Julieta de Sade quien habla. El lujo como huida hacia adelante; un claro signo de que había algo enfermo en el seno del segundo estamento en 1789.

⁴⁸ COYER, Abbé, *Bagatelles morales et dissertations*, Londres-Francfort, 1755, pp. 26-27.

⁴⁹ SADE, *Historia de Julieta, Obras*, t. III, p. 591.